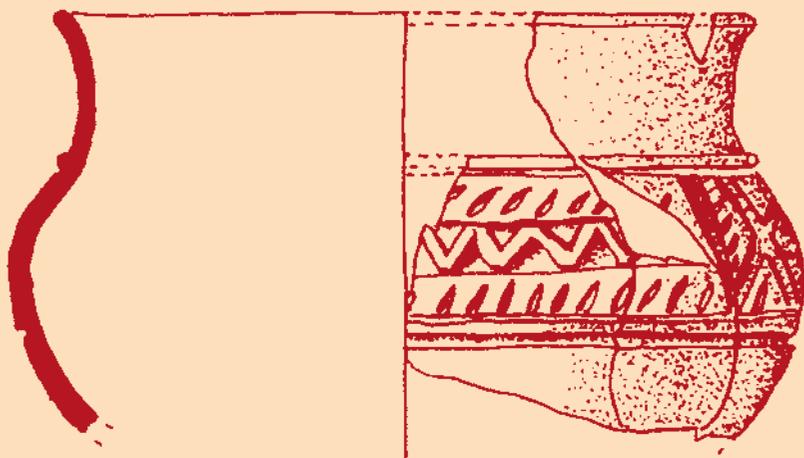


# EDAD DE LOS METALES

---



---

AUTORES

ASUNCIÓN ANTOÑANZAS SUBERO  
PILAR IGUÁCEL DE LA CRUZ



# EDAD DE LOS METALES

**D**urante el II milenio a.C., se desconocía el hierro, pero se apreciaba sobremanera el cobre, el estaño y el oro. El cobre y el estaño, porque al mezclarlos se producía una aleación, que llamamos bronce, muy fuerte y duradera para fabricar armas, herramientas y adornos. El oro, porque era un metal precioso, indestructible, que daba poder y prestigio a quien lo poseía. Conseguirlos se convirtió en una actividad que tuvo importantes consecuencias.

Se organizaban sistemas de intercambio a larga distancia, por vía marítima, terrestre o fluvial por toda Europa. Pero no solo viajaban las cosas, sino también las personas y las técnicas. Al entrar en contacto, los distintos grupos campesinos iban cambiando poco a poco en sus ideas, sus costumbres y sus creencias.

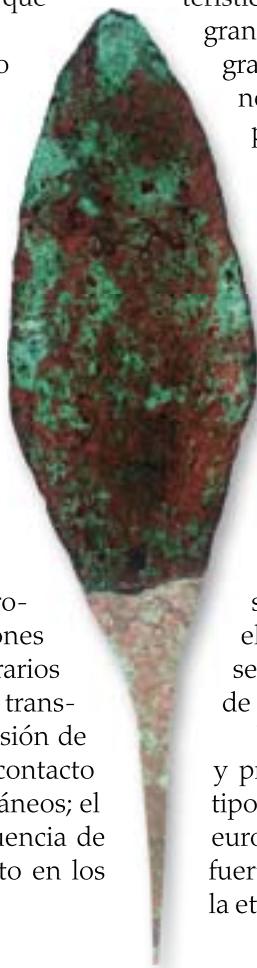
A partir de la Edad del Bronce y sobre todo del Bronce Medio, la uniformidad cultural, que caracteriza a la Península Ibérica durante la Edad del Cobre o Calcolítico e incluso en los inicios de la misma Edad del Bronce, se rompe convirtiéndose en un mosaico de culturas, con áreas regionales bien individualizadas.

A finales del segundo milenio, se producen en la Península Ibérica innovaciones tecnológicas y cambios en los ritos funerarios y en los asentamientos. El origen de estas transformaciones hay que buscarlo en la expansión de los Campos de Urnas por el noreste y del contacto con grupos culturales atlánticos y mediterráneos; el Bronce Final se caracterizará por la confluencia de unos y otros ascendentes y por su impacto en los sustratos culturales anteriores.

Las comunidades de los territorios occidentales vivieron una importante influencia cultural atlántica de países como Bretaña, Irlanda, Inglaterra y suroeste de Francia. Mientras, en la Meseta alcanza su apogeo la Cultura de Cogotas I (1200-800 a.C.), que tiene su origen en el Bronce Pleno o Medio y cuyas comunidades de agricultores y ganaderos crearon la cerámica de boquique –de punto y raya–, característica de esta cultura. En Andalucía, se dieron grandes transformaciones sociales y económicas gracias al contacto con los pueblos mediterráneos. Quizás, la más sobresaliente sea el desplazamiento del principal foco metalúrgico desde el sureste hacia el suroeste. Por último, a través de los pasos pirenaicos llegan los influjos de origen centroeuropeo que no solo suponen una aportación cultural, sino tal vez también un contingente humano indoeuropeo que se trasladó a través del valle del Ródano y se extendió paulatinamente por Cataluña, Aragón y la cuenca del Ebro.

Aunque hasta ese momento, los hallazgos de hierro en la Península Ibérica son esporádicos, prácticamente la totalidad de los objetos metálicos del Bronce Final se sigue fabricando en bronce sin generalizarse el uso del hierro hasta el siglo VIII a.C., cuando se produce la mayor expansión de los Campos de Urnas y comienza la Edad del Hierro.

Esta nueva etapa se caracteriza por nuevas y profundas transformaciones, de muy diverso tipo, originadas a partir de influjos exteriores, europeos y, sobre todo, mediterráneos, sobre la fuerte tradición cultural indígena desarrollada en la etapa anterior. La fundición de piezas de hierro



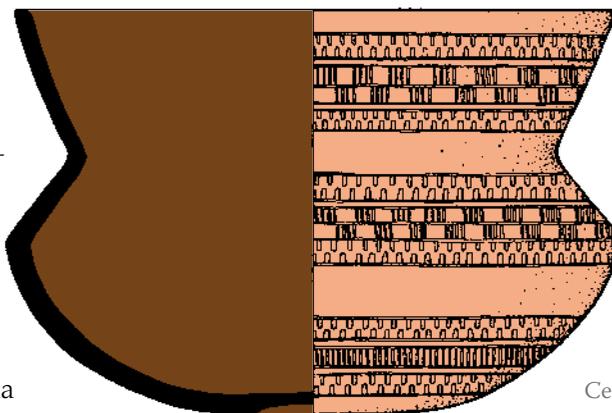
Punta de bronce tipo palmela, procedente del entorno de Calahorra. Foto L. Argáiz.

se extiende por el Mediterráneo a partir de 1200 a.C. y llega a la Península Ibérica hacia el siglo VIII a.C. a través de colonizadores griegos y fenicios, pasando a las tierras del interior a partir del siglo VII a.C. Su generalización se debe a las ventajas que ofrece sobre el bronce: su mayor dureza y resistencia a las herramientas, así como su gran abundancia como mineral en la corteza terrestre, lo que hace más fácil su aprovechamiento.

Tradicionalmente esta Edad del Hierro se divide en dos subetapas: Hierro I y Hierro II, términos cronológicos despojados de toda connotación cultural y que hacen posible diferenciar las distintas diferenciaciones geográficas.

Dejando de lado el área ibérica, coincidente con las zonas costeras de mayor contacto con los elementos fenicios y griegos en el sur y el levante peninsular, en la Meseta, por ejemplo, surge un panorama heterogéneo, diferenciándose tres grupos culturales: la cultura de "Soto de Medinilla" (750-650 a.C.) en las tierras llanas occidentales del norte meseteño, la cultura de los "Castros Sorianos" (650-400 a.C.), donde posteriormente se situarán los Arévacos, y la cuenca del Alto Jalón (725-400 a.C.).

La desaparición de la cultura de Medinilla en la Meseta marca el comienzo de la Segunda Edad de Hierro, caracterizada por el empleo generalizado del hierro en la elaboración de armas y herramientas, y el uso del torno del alfarero. Para la zona que nos ocupa, habría que hablar en este momento de celtiberización, término que habría que leer como un largo proceso de aculturación que desde el área ibérica impregna poco a poco a las comunidades del valle



Cerámica campaniforme característica del Calcolítico.  
Dibujo I. Barandiarán.

del Ebro, que ya desde antiguo se fueron conformando con las distintas aportaciones centroeuropeas sobre los sustratos indígenas. Este proceso se verá interrumpido tras la conquista sucesiva de la península por parte de los romanos.

## 1. CALCOLÍTICO O ENEOLÍTICO

La Edad de Cobre, conocida también como Calcolítico o Eneolítico es el periodo prehistórico ubicado entre el Neolítico y la Edad del Bronce, con una cronología para el valle del Ebro que va del 2900/2600 a.C. hasta el 1800 a.C. Es una etapa con características propias en la que se dan transformaciones económicas, sociales y culturales. A la agricultura y ganadería se añade la metalurgia del cobre y un incipiente comercio acompañado de un mayor desarrollo de la alfarería.

La cerámica eneolítica, principal fósil guía de los yacimientos del Calcolítico, se divide en dos grandes bloques: la no campaniforme, lisa o decorada, y la campaniforme. En una primera fase más antigua, la cerámica no campaniforme se caracteriza por formas sencillas con fondos esféricos, pudiendo presentar perforaciones bajo los bordes, pezones, impresiones, unguilaciones y digitaciones. En una segunda fase, en la que esta convive con la cerámica campaniforme, las formas son carenadas y troncocónicas con fondos planos. En las formas decoradas se emplea la impresión, la incisión y la aplicación de cordones digito-



Dolmen en Collado del Mallo. Trevijano (La Rioja).  
Foto N. Narvarte.



Inhumación en cista en el Alto de las Campanas. Rincón de Soto (La Rioja). Foto A. Marcos.

ungulados<sup>1</sup>. El vaso campaniforme (2200-1700 a. C) que en ocasiones encontramos formando parte de los ajueres funerarios, se define por su forma de campana invertida con fondo curvo y por estar profusamente decorados con incisiones formando motivos geométricos de espigas, rombos y zig-zags, dispuestos en bandas horizontales y paralelas, desde el borde hasta el fondo del recipiente.

Tal vez las manifestaciones culturales más evidentes son las relacionadas con nuevas formas de hábitat con poblados de cabañas circulares, delimitados por murallas y con una distribución urbana interna bien definida y nuevos rituales funerarios con enterramientos colectivos en grandes construcciones de piedra como son los dólmenes.

En La Rioja conocemos bien este periodo gracias a lugares de habitación en cuevas –Cueva Lóbrega (Torrecilla en Cameros), con niveles que van desde el Neolítico hasta la Edad del Bronce Medio, y Peña Miel Superior (Pradillo)– o cabañas –Alto de Santo Domingo (Haro) y Hoya Mala (Corera)–, y manifestaciones megalíticas como La Atalayuela (Agoncillo).

Si bien los asentamientos al aire libre van adquiriendo preeminencia sobre el hábitat en cueva, propio del periodo Neolítico, este no se abandona. En el área riojana no se cuenta con ningún poblado eneolítico de cabañas circulares, aunque existen bastantes evidencias de útiles líticos de esa época. Estos hallazgos no se han podido vincular a la existencia de poblados, por lo que son considerados talleres de sílex al aire libre o zonas de caza temporales.

Cronológicamente, las fechas más antiguas para este periodo las proporciona Cueva Lóbrega (Torrecilla en Cameros), fechada en 2530 a.C.; La Atalayuela en Agoncillo, y los dólmenes de Peña Guerra I y II en Nalda se fechan en un momento posterior, que va del 2200 a.C. al 1500 a.C. y que se corresponde con la presencia en los ajueres de cerámica campaniforme.

Uno de los aspectos más interesantes de este periodo es la práctica de inhumación colectiva resultado de la acumulación de inhumaciones sucesivas, bien en dólmenes como los de Peña Guerra en Nalda, el de La Unión en Clavijo, o el de Collado Palomero en Viguera, bien en túmulo como el de La Atalayuela de

Agoncillo. Cronológicamente el primer momento de uso de los dólmenes se corresponde con el Neolítico Medio-Final. En el Eneolítico se produce una segunda reutilización relacionada con la presencia entre los ajueres funerarios de objetos de cobre –Peña Guerra I y Collado Palomero I– y de cerámica perteneciente a la cultura del vaso campaniforme –Collado Palomero I, Collado del Mallo, Peña Guerra I y II, La Unión–. Esta reutilización hay que entenderla como un reaprovechamiento de los monumentos funerarios existentes y la pervivencia del rito de la inhumación de raíz neolítica, a pesar de la introducción de nuevos elementos en los ajueres.

En La Rioja Baja, junto a Calahorra, contamos con un ejemplo excepcional del empleo del rito de inhumación individual, con una posterior reutilización, en el yacimiento del Alto de las Campanas en Rincón de Soto<sup>2</sup>. A finales de los años 60 se excavó allí una cista de planta rectangular que presentaba inhumaciones sucesivas de tres individuos. Junto a los cuerpos se registró la presencia de cerámica campaniforme incisa.

En los enterramientos, asociados al vaso campaniforme aparecen los primeros objetos de metal como los punzones de cobre de los dólmenes de La Atalayuela (Agoncillo) y Peña Guerra I (Nalda), o las cuentas de lámina de oro enrolladas del dolmen de Collado Palomero I (Viguera). También

formando parte del ajuar funerario hay objetos fabricados en hueso: cuentas, colgantes, agujas de orejeta lateral perforada, o botones de hueso con perforaciones en V como los hallados en La Atalayuela y en Peña Guerra I.

En cuanto a los útiles líticos son frecuentes las puntas de flecha con retoque plano –nivel III de Peña Larga– que evoluciona hacia las puntas de pedúnculo y aletas, junto con raspadores, perforadores, raederas marginales y cuchillos sobre láminas.

En lo concerniente al ámbito de Calahorra, contamos con hallazgos líticos de superficie en la zona del Perdiguero (Calahorra)<sup>3</sup> con puntas de flecha bifoliáceas con pedúnculo incipiente, una hoja de hoz, raspadores y perforadores.



Punta bifacial de retoque plano procedente de Piedra Hincada. Foto L. Argáiz.



Puntas de flecha. Museo Municipal de Calahorra. Foto L. Argáiz.

1. PÉREZ ARRONDO, C.L., CENICEROS HERREROS, J. y DUARTE GARASA, P., *Aportaciones al estudio de las culturas eneolíticas en el valle del Ebro: III: La cerámica*.

2. MARCOS POUS, A., *Excavación de una cista con doble inhumación del vaso campaniforme en Rincón de Soto (La Rioja Baja. Logroño)*.

3. PASCUAL MAYORAL, M.P. y PASCUAL GONZÁLEZ, H., *Carta arqueológica de La Rioja. I, El Cidacos*, p. 47; PÉREZ ARRONDO, C.L., *Aportaciones al estudio de la Edad de los Metales en el valle medio del Ebro: la cultura neolítica en La Rioja*, p. 31.

## 2. EDAD DEL BRONCE

La Edad del Bronce es un periodo no bien conocido en el entorno que nos concierne. En términos generales su estudio se ha basado en el avance de las industrias metalúrgicas, motor de progreso de aquellas comunidades. Aunque la agricultura y la ganadería intensivas continuaron siendo la base de la economía, surgieron numerosos centros de producción metalúrgica que ponen de manifiesto el importante papel de la manufactura del metal y de un comercio cada vez más pujante. Sin embargo, aunque puede hablarse de similitudes y semejanzas entre los grupos culturales europeos y peninsulares, no existió nunca una total homogeneidad y sí diferenciaciones regionales.

El río Ebro y sus afluentes serán los ejes vertebradores del territorio en el que se van a asentar las comunidades de la Edad del Bronce. El valle del Ebro es una vía de comunicación natural que permitió el intercambio y las relaciones culturales, al mismo tiempo que una comarca favorable por sus condiciones bioclimáticas para la explotación de sus recursos. La economía es agropecuaria con una agricultura de base cerealista de secano –cebada y trigo–. Asociados a este tipo de agricultura, están los hoyos-silos donde almacenarían este cereal y útiles como los dientes de hoz realizados en sílex o las hoces de bronce. En la ganadería, que estaba formada por ovicápridos, progresivamente se van imponiendo las especies domesticadas sobre las salvajes –conejos y cérvidos–, lo que indica ciertos cambios alimenticios y una menor dependencia de la caza, sector importante de la economía y de la dieta de la Edad de Bronce.

Parece que durante el II Milenio a.C. se produjo la utilización de los animales no solo como alimento, sino también como fuerza de trabajo; los animales de



Cerámica con decoración de boquique procedente de Cabezo la Torre. Aldeanueva de Ebro (La Rioja). Foto A. Pérez.

tiro junto con el uso del arado y del carro son dos indicios en una mayor explotación agrícola. Al mismo tiempo, los productos secundarios como la leche o la lana se convierten en excedentes para el intercambio. Las actividades, por tanto, son cada vez más sedentarias, lo que se traduce en el carácter cada vez más estable y permanente de los poblados.

### 2.1. BRONCE ANTIGUO (1800-1500 a.C.)

En La Rioja y por tanto en Calahorra y su comarca, como en gran parte del valle del Ebro y de la Meseta, hay que relacionar el periodo del Bronce Antiguo con la tradición Eneolítica. En determinados aspectos se produce una continuidad cultural con elementos comunes entre ambos periodos, donde la cultura campaniforme, considerada como una manifestación propia del Calcolítico, se prolonga, perviviendo algunas de sus manifestaciones hasta bien avanzada la Edad del Bronce.

Tenemos testimonio de ocupaciones en este periodo en cuevas de la sierra de Cameros –Cueva Lóbrega y Cueva de San Bartolomé (Nestares)– como lugares de habitación de poblaciones dedicadas a la ganadería.

En cuanto al ritual de enterramiento, a finales del Calcolítico y el Bronce Antiguo se utilizaron sepulcros megalíticos como Collado Palomero I (Viguera) o la Chabola de la Hechicera (El Villar, Álava).

### 2.2. BRONCE MEDIO PLENO (1500-1250 a.C.)

A partir del Bronce Medio, la uniformidad cultural, que caracterizó a Europa durante el Calcolítico, se va disgregando, pudiéndose analizar este periodo en áreas regionales individualizadas. Al contrario, de lo que ocurría en el Bronce Antiguo, continuación del periodo anterior, en el Bronce Medio se pueden individualizar características regionales, reflejadas fundamentalmente en la cerámica, manifestación cultural que mejor refleja la evolución de estas sociedades<sup>4</sup>. Por otra parte, sin embargo, se aprecia un empobrecimiento en los objetos líticos y óseos, respecto al periodo anterior.

Dentro del Bronce Medio, los primeros momentos redefinen aún por la perduración de la cerámica campaniforme junto a nuevas formas carenadas con acabados cuidados y decoraciones con zig-zags, espigas, espinas de pez y triángulos rellenos –Peña Miel Superior (Nieva de Cameros), Cueva Lóbrega (Torrecilla de Cameros) y Majada Londeras (Matute)–. Progresivamente, van desapareciendo los elementos propios del Eneolítico, y van surgiendo los que caracterizan al Bronce Final. Como vemos, el hábitat en cueva no desaparece totalmente en estos

4. PÉREZ ARRONDO, C.L., CENICEROS HERREROS, J. y DUARTE GARASA, P., *Aportaciones al estudio...*

momentos, aunque las estratigrafías indican que va decayendo la ocupación de estos espacios como vivienda hasta desaparecer en el Bronce Final.

Como contrapunto, a partir de este Bronce Medio, se produce un importante desarrollo de los asentamientos al aire libre en lugares como Majada de Londeras (Matute), Padroviejo (Logroño), las Eras de San Martín (Alfaro) o Peña del Recuenco (Aguilar del Río Alhama). Algunos de ellos se ubican en zonas elevadas que combinan estrategias defensivas del emplazamiento y un buen control visual del territorio, mientras que otros lo hacen en las terrazas de los ríos. Los poblados con ordenación urbana y estructuras arquitectónicas destacadas conviven con asentamientos sin estructuras permanentes como son los llamados fondos de cabaña, construidos con materiales perecederos y localizados en terrenos fértiles y próximos a corrientes de agua.

Durante este Bronce Medio, el mundo funerario está bien representado. Los lugares elegidos para realizar los enterramientos son las cuevas con ejemplos tan significativos como El Tragaluz (Pinillos) o la Cueva de San Bartolomé (Nestares). En la Cueva del Tragaluz, junto a las inhumaciones superficiales encontramos un ajuar cerámico formado por cuencos abiertos, con carenas altas y decorados con triángulos rellenos dispuestos horizontal y verticalmente. En la Cueva de San Bartolomé, asociadas a las inhumaciones hay cerámicas lisas con fondos planos, superficies brillantes y perfiles carenados, características estas que marcan el tránsito hacia el Bronce Final.

### 2.3. BRONCE FINAL (1250-750 a.C.)

Es en el Bronce Final cuando se produjeron los mayores cambios culturales. En la Meseta, este período se articula en torno a la Cultura de Cogotas I, pero sus elementos traspasan en ámbito territorial de la cuenca del Duero, encontrándose también en Levante, Andalucía, valle del Ebro y norte de Portugal.

La cerámica que caracteriza a este periodo es la cerámica decorada con la técnica de boquique y de la excisión, técnica esta última que perdurará durante la Primera Edad del Hierro. Ambas técnicas tienen sus precedentes en periodos anteriores: la excisión en el campaniforme de Ciempozuelos y el boquique en el Neolítico Final.

En el entorno de Calahorra encontramos yacimientos como la Peña del Recuenco (Aguilar del Río Alhama), donde se hallaron un brazaletes de arquero, cerámica lisa con impresiones digitales o incisiones de espátula sobre el labio, y vasos decorados con impresiones digitales sobre cordones y boquique. En la Cueva de los Lagos (Aguilar del Río Alhama) existe un enterramiento de un individuo con una cámara principal, y ajuar de punzones de hueso y cerámica decorada mediante excisión, incisión y boquique. Por otro lado, en las Eras de San Martín (Alfaro), en Cue-



Cerámica excisa de las Caracolas. Pradejón (La Rioja).  
Foto P. García.

va Lóbrega (Torrecilla de Cameros), en el poblado de Majada Londeras (Matute), en Partelapeña (El Redal) con la aparición de un fondo de cabaña de planta circular, en Cabezo Marín y Cabezo de la Torre (Aldeanueva del Ebro), con hallazgos de fragmentos con decoración de boquique, se pone en evidencia una ocupación del Bronce Final. En la zona de Calahorra, habría que añadir un yacimiento en Piedra Hincada (Pradejón), donde en la década de los ochenta se produjo la destrucción de un grupo de fondos de cabaña de planta circular, con el hallazgo de puntas de flecha en sílex; y hallazgos cerámicos adscritos al Bronce Final de yacimientos como Torre de Campobajo, la Marcú o el cerro del Sorbán. Estos asentamientos viven su momento de auge en el Hierro I que veremos con mayor detenimiento más adelante.

Estos yacimientos se localizan en valles secundarios que comunican la Meseta con el Ebro. A partir de los más recientes estudios, se piensa en este periodo como resultado de un proceso evolutivo natural del sustrato poblacional existente, al que habría que sumar la influencia de la difusión de la Cultura de Cogotas I desde la Meseta<sup>5</sup>.

Sus viviendas tienen plantas rectangulares, cuadrangulares o con tendencia circular; las paredes son de barro y se apoyan sobre zócalos de piedra; los suelos son de tierra endurecida y sobre ellos se sitúa el hogar y los postes de madera que sujetan cubiertas vegetales.

5. HERNÁNDEZ VERA, J.A., Difusión de elementos de la cultura de Cogotas hacia el valle del Ebro.

### 3. EDAD DEL HIERRO

El panorama protohistórico de la Península Ibérica se transforma tras la incorporación del hierro a la metalurgia. Esta etapa que se inicia a partir del siglo VIII a.C., se caracteriza por una serie de evoluciones, generadas a partir de influjos centroeuropeos en una primera fase y mediterráneos en una fase posterior, sobre la fuerte tradición cultural indígena desarrollada durante el Bronce Final.

#### 3.1. HIERRO I (800 A.C. – 350 a.C.)

Durante esta fase, comienza a difundirse la utilización del hierro como consecuencia de la influencia mediterránea de los pueblos colonizadores griegos y fenicios. No obstante, en la mayor parte de la península predominan todavía los objetos de bronce, y solo en la fase siguiente se generaliza e impone el uso del hierro.

Las comunidades del valle medio del Ebro habían mantenido unas formas de vida más o menos estables durante la Edad del Bronce, pero a partir de finales del segundo milenio a.C. experimentan algunos cambios importantes<sup>6</sup>. Comienzan a recibir influencias del grupo cultural meseteño Cogotas I para más tarde relacionarse con los aportes de los Campos de Urnas del Bajo Segre-Cinca y de las comarcas del bajo Aragón. Será a partir de del siglo VIII a.C., cuando estas poblaciones del Ebro Medio, entre las que debemos incluir las ubicadas en el entorno calagurritano, tengan un desarrollo propio con una penetrante impronta de la cultura de los Campos de Urnas, llegando a configurar un grupo definido al que se le ha llegado a denominar "Cultura del Hierro del Ebro" o "Grupo Redal-Cortes"<sup>7</sup>.



Molino de riñón característico en la Edad del Hierro.  
Foto A. Pérez.

Aunque esta nueva situación no implicaba la llegada masiva de población, sí supuso un fuerte impacto socio-cultural y económico basado en cuatro cimientos con fuertes relaciones entre ellos:

- Una economía basada en una agricultura cerealista con introducción de nuevas plantas y novedosas técnicas de cultivo –aparecen el arado y el sistema de rotación de campos–, complementada con una ganadería subsidiaria de bóvidos y ovicápridos, que permite la obtención de subproductos lácteos, estiércol y lana, y caza como actividad secundaria.
- Unos avances tecnológicos en la metalurgia del bronce y más tarde en la del hierro, que supuso cambios directos e inmediatos en el proceso productivo.
- Un crecimiento demográfico y por tanto un patrón de poblamiento con una orientación económica nueva.
- Y finalmente, una organización social de tipo gentilicio que practicaba nuevos rituales funerarios basados en la incineración.



Vista de las excavaciones arqueológicas en el poblado de Sorbán. Foto A. Pérez.

6. ÁLVAREZ CLAVIJO, P. y PÉREZ ARRONDO, C.L., Notas sobre la transición de la Edad del Bronce a la Edad del Hierro en La Rioja.

7. Esta última denominación responde los municipios donde se ubican los yacimientos más conocidos y que mejor caracterizan el grupo: Partelapeña, en El Redal (La Rioja) y Alto de la Cruz (Cortes, Navarra), RUIZ ZAPATERO, G., El substrato de la Celtiberia Citerior: el problema de las invasiones, p. 25.

#### 3.1.1. El territorio

El territorio del valle medio del Ebro sufre una serie de transformaciones durante este período, que han sido explicadas de forma generalizada por la aparición en la zona de reducidos grupos de gentes procedentes de la comarca del bajo Cinca y Segre, y adscritos a la denominada cultura de Campos de Urnas.

Estos virtuales movimientos poblacionales serían resultado a su vez de las migraciones procedentes de Centroeuropa, cuyo motor parece haber sido la desaparición de las condiciones climáticas óptimas en aquellos parajes. En la Europa central, Francia y los Balcanes, durante la transición de la Edad de Bronce a la del Hierro, se desarrolla la Cultura de Hallstat –nombre que recibe de su primer y mejor conocido yacimiento–, que a su vez formaría parte de la cultura de los Campos de Urnas. Sus principales diferencias con las etapas anteriores son la práctica de la metalurgia, la construcción de poblados fortificados y dominados por una élite de guerreros y la práctica de incineración como ritual funerario.

En el noreste peninsular y el valle del Ebro surgen entonces no pocos asentamientos de nueva planta como reflejo de un importante aumento demográfico. En el espacio del hábitat y en la cultura material parece existir una no despreciable homogeneidad para toda la zona. En el tramo central del valle, dentro de la denominado “Cultura del Hierro del Ebro” o “Grupo Redal-Cortes”, al que, como ya hemos apuntado, pertenecería el territorio de la actual Rioja, los poblados de La Hoya en Laguardia, Partelapeña en el valle de Ocón, el Castillar de Mendavia junto al río Mayor, y el Alto de la Cruz junto al Huecha, se suman a los anteriores del Bronce Pleno sin suplantarlos<sup>8</sup>.

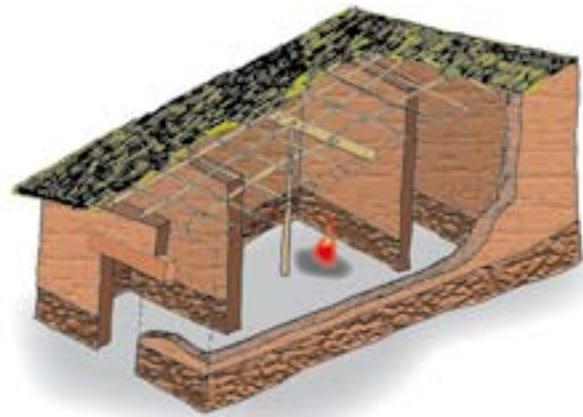
Más adelante, desde el 650 a.C. y hasta el 500 a.C., se produce una continuidad de poblamiento, solo diferenciada del período anterior en una multiplicación de hábitats. Los cursos bajos y medios de estos ríos, y más en concreto las alturas de fácil defensa y cercanas a los recursos hídricos parecen ser los paisajes preferidos por las comunidades de esta etapa protohistórica, aunque no están ausentes los hábitats en llano. Existe un interés dominante en controlar las tierras aluviales de mayor rendimiento agrícola, situadas en las confluencias de los afluentes con el gran río, en detrimento de las zonas más altas. Si bien no parece probable una jerarquización entre los núcleos agrupados en un determinado curso fluvial, sí existe una estrecha relación espacial, y una estrecha distribución funcional entre ellos, estratégica o económica, reflejada en su ubicación y en sus materiales arqueológicos.

### 3.1.2. El urbanismo

Los nuevos poblados que comienzan a surgir hacia el 750 a.C. son asentamientos estables y más o menos fortificados, formados por viviendas rectangulares adosadas mediante paredes medianiles cuyas traseras forman parte de la muralla del poblado y hacen surgir manzanas dispuestas en torno a una calle o

plaza central tal y como sucede en el poblado de Sorbán y que veremos más adelante.

Estas casas rectangulares se levantan sobre un zócalo de piedra a partir del cual se levantan muros de tapial o adobes. La techumbre, a una sola vertiente, era de naturaleza vegetal. Su interior se compartimentaba en tres zonas diferenciadas: vestíbulo y estancia con hogar central y despensa. Estas dos estancias pueden subdividirse a su vez mediante tabiques medianeros interiores que, a su vez, sirven de refuerzo y sujeción a la techumbre junto a los postes centrales. Este modelo de vivienda se generaliza por todo el valle del Ebro perdurando durante el período celtibérico posterior.



Esquema de la vivienda tipo en la Edad del Hierro.

### 3.1.3. Los ritos funerarios

El ritual funerario practicado durante esta Primera Edad del Hierro es el de la incineración que va a sustituir al rito de la inhumación generalizado durante la Edad del Bronce, rito que, procedente de Centroeuropa, caracteriza este periodo.

El cuerpo del difunto era quemado en una pira o *ustrina*; las cenizas y huesos calcinados eran recogidos posteriormente en una urna que a su vez era enterrada directamente en un agujero practicado en el suelo, sin ningún tipo de protección ni señal externa que la identifique. De ahí procede el nombre de Cultura de los Campos de Urnas que fue utilizado inicialmente para identificar a estas poblaciones del Hierro I. Las urnas funerarias hechas a mano, presentan perfiles sinuosos, bocas anchas, cuellos más o menos pronunciados y hombros salientes. Estas urnas se acompañan en ocasiones con vasitos de ofrendas y piezas de adorno como diademas, botones, agujas, hebillas de cinturón, torques, fíbulas, cuentas de collar, anillos, realizados tanto en cobre, bronce o en hierro, en la mayoría de las ocasiones muy deteriorado por la acción del fuego durante el proceso de la incineración.

8. RUIZ ZAPATERO, G., El substrato de la Celtiberia..., p. 29.



Parte del ajuar de incineración procedente de la necrópolis de la Primera Edad del Hierro de Planillas de San Pedro, junto a Murillo de Calahorra. Foto L. Argáiz.

Dadas sus características, las necrópolis de los poblados son muy difíciles de localizar pero a finales de los años 90 del pasado siglo, se localizó en Planillas de San Pedro (gravera de Murillo), varios ajuares de incineración con cerámicas, diversos elementos metálicos en bronce y hierro, cenizas y restos de pequeños huesos calcinados.

### 3.1.4. La cerámica

La cerámica de este periodo se caracteriza por estar hecha a mano con gran variedad de formas en los vasos de tamaño mediano y pequeño. Las vasijas de gran tamaño tendrán gruesas paredes y se utilizarán para almacenar alimentos.

Algunos ejemplares presentan superficies pulidas y decoraciones excisas, incisas e impresas. La más utilizada, con tradición que hunde sus raíces en el Bronce Final, es la decoración excisa<sup>9</sup>. La excisión consiste en extraer fragmentos de barro, cuando todavía está fresco, creando motivos geométricos que se disponen en una franja situada en la parte superior del cuerpo de la vasija. La incisión, por su parte, consiste en dibujar sobre el barro blando con un objeto punzante creando puntos, líneas o triángulos. Mientras que la impresión se realizaría presionando en la arcilla fresca un objeto o punzón previamente decorado.

Dentro de la cerámica del Hierro I decorada mediante la técnica excisa, se diferencian varios grupos

9. ÁLVAREZ CLAVIJO, P. y PÉREZ ARRONDO, C.L., *La cerámica excisa de la primera Edad del Hierro en el valle alto y medio del Ebro*.

peninsulares. Aunque los dos grupos más importantes son los del valle del Ebro y del Duero, todos ellos representan características tipológicas estilísticas propias, perteneciendo a entidades culturales diversas. Por ejemplo, este tipo de cerámica en la Meseta se fechan entorno a los siglos IX-VIII a.C., es decir, que son más antiguas que las de la cuenca del Ebro. La tendencia actual es considerar esta técnica excisa peninsular como evolución a partir la cultura del vaso campaniforme, sin necesidad de buscar su origen en las cerámicas excisas centroeuropeas, sino enlazándolas en la propia Meseta con tradiciones culturales anteriores.

### 3.1.5. Calahorra y su entorno en el Hierro I

En Calahorra y su entorno más inmediato, hay pequeños pero numerosos asentamientos correspondientes a este periodo, siendo el más significativo el cerro de Sorbán.

El yacimiento de Sorbán, se localiza en el extremo oeste de la meseta calagurritana, en una zona de terraza de la fértil vega del Cidacos. Dividido en dos por la antigua trinchera del ferrocarril de vía estrecha Calahorra-Arnedillo, en los años 70 fue utilizado como cantera, por lo que gran parte del poblado ya había sido destruido antes de iniciarse los trabajos de investigación<sup>10</sup>.

Las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en este yacimiento a finales de los setenta y principio de los ochenta, sacaron a la luz un poblado formado



Tapadera de cerámica grafitada del poblado de la Primera Edad del Hierro, de la Torre de Campobajo. Museo Municipal de Calahorra. Foto L. Argáiz.

10. GONZÁLEZ BLANCO, A., *La ciudad prehistórica de Sorbán*; GONZÁLEZ BLANCO, A., PASCUAL GONZÁLEZ, H. *et al.*, *El yacimiento de Sorbán y la primera Edad del Hierro en Calahorra y La Rioja*; PASCUAL MAYORAL, P. y PASCUAL GONZÁLEZ, H., *Carta arqueológica...*, p. 50.



Cerámicas del yacimiento de Sorbán. Museo de La Rioja. Fotos P. Calleja.



Planta parcial del poblado de Sorbán con el primer foso de defensa. Dibujo J.L. Cinca.

por un conjunto de casas rectangulares yuxtapuestas por sus lados más largos, formando una manzana de edificios. Esta manzana, por su lado norte, estaba adosada a la muralla exterior del poblado. Por el lado este, el poblado estaba defendido por un corte artificial en el cerro, que hacía que toda la pared quedase colgada sobre un foso que la protegía de su lado exterior. Lo más probable es que el conjunto de casas excavadas tuviese su simétrico enfrente, formando una especie de planta central con las casas formando un amplio círculo u ovoide en torno a ella. Por último, todo el poblado estaría defendido mediante obras de ingeniería complementarias destinadas a hacerlo inaccesible: muralla con antefoso y antemuralla con talud excavado en su parte exterior<sup>11</sup>.

Por lo que se refiere a las características de las viviendas, tienen una longitud de 14 metros de largo por 8 en el nivel más antiguo y de 4 en los tres niveles más recientes. Se emplearon zócalos de piedra en la parte inferior de las paredes hasta una altura de 80 cm y alzados de adobe apoyados sobre ese basamento de cantería. Algunos de estos muros estaban

decorados con pinturas formando zócalos de unos centímetros de anchura, o bien líneas cruzadas estructuradas en grandes metopas.

Las cerámicas recuperadas en las excavaciones responden a la tipología de pequeños cuencos con desgrasante fino y señales de uso al fuego, y grandes vasijas de almacenamiento con desgrasante grueso. En general, se asemejan a las encontradas en el Cerro de la Cruz (Cortes de Navarra).

El cerro de la Marcú se adscribe asimismo a los yacimientos asociados a esta primera Edad del Hierro gracias a las cerámicas encontradas en superficie –fragmentos de cerámicas carenadas realizadas a mano y con superficies bruñidas y alisadas–, aunque en él nunca se han llevado a cabo excavaciones arqueológicas. El asentamiento se sitúa en un cerro testigo de las terrazas de la margen derecha del Cidacos, con un perfecto control de toda la vega<sup>12</sup>.

Los trabajos de remoción de tierras que se llevaron a cabo a mediados de los años 80 en la Torre de Campobajo, dejaron en superficie abundantes fragmentos cerámicos correspondientes a la Primera

11. GONZÁLEZ BLANCO, A., Las defensas del Sorbán; MALUQUER DE MOTES, J., En torno a las fortificaciones del cerro del Sorbán en Calahorra.

12. ESPINOSA RUIZ, U., *Calagurris Iulia*, p. 16; PASCUAL MAYORAL, P. y PASCUAL GONZÁLEZ, H., *Carta arqueológica...*, p. 47-50, figs 12-13.

Edad del Hierro, muchos de ellos bruñidos, grafitados y excisos. En superficie se recogen fragmentos de vasijas celtibéricas, terra sigillata hispánica y recipientes medievales, y es que, en realidad, la Torre de Campobajo tiene una larga ocupación desde la Primera Edad del Hierro hasta época medieval<sup>13</sup>.

La necrópolis de Planillas de San Pedro, a la que hemos aludido anteriormente, correspondería a un poblado cercano, probablemente el cerro donde se asienta el actual barrio de Murillo, que aun sin constancia arqueológica por el momento, sus características de cerro fácilmente defendible, sobre la vega del Ebro y cercano a fuentes de agua, lo sitúan en una posición idónea.

Otros yacimientos de los que se tiene noticia son El Valladar y el Pozo de la Nevera, actualmente perdidos; La Torrecilla, paraje del que se tiene noticias de cerámicas a mano con superficies alisadas; La Mesa, cerro elevado en los Agudos, en el que aparecieron cerámicas elaboradas a mano similares a las de la Marcú y Sorbán; el Espartal, Iriyuelas, etc. También en el casco urbano de Calahorra, se han encontrado fragmentos de cerámica correspondientes a este periodo, concretamente durante las excavaciones en el yacimiento romano de la Clínica, en estratos con materiales procedentes de otros lugares de la meseta calagurritana con lo que en algún punto de esa meseta, también hubo asentamiento con gentes de la Primera Edad del Hierro.

Más allá del término municipal de Calahorra, en sus aledaños, conocemos además varios yacimientos importantes en los que se han encontrado materiales arqueológicos adscritos a este Hierro I: el poblado prerromano de Quel, el castillo de Autol, el cerro de San Miguel y San Pedro Mártir en Arnedo, Cabezo la Torre en Aldeanueva o las Eras de San Martín en Alfaro entre otros muchos<sup>14</sup>.

### 3.2. HIERRO II: LOS CELTÍBEROS (350 a.C. – SIGLO I a.C.)

El término “celtíbero” aparece mencionado por primera vez en las fuentes escritas grecolatinas, que hacen referencia al mestizaje de dos grupos étnicos peninsulares: los íberos y los celtas. A pesar de haber tenido éxito en los años pasados, actualmente no tiene ningún sentido esta explicación simplista referida al origen de esta cultura.

El desarrollo cultural que se produce durante el Hierro I perdura hasta mediados del siglo IV a.C. Es entonces cuando se producen en esta zona del Ebro medio nuevos influjos meseteños dando lugar

a la celtiberización, entendida esta como fenómeno aculturizador. Esta celtiberización se caracteriza arqueológicamente por la adopción del torno del alfarero, la aparición de las cerámicas de pastas anaranjadas con decoración pintada, el uso generalizado de objetos de hierro y la potenciación de determinados poblados que se acaban convirtiendo en verdaderos *oppida*<sup>15</sup> donde se incluiría a Calahorra. Al mismo tiempo, en el ámbito de la cultura, comienza a utilizarse la escritura y la utilización de la moneda como medio de intercambio.

#### 3.2.1. El territorio

Hacia finales del siglo VI a.C. o comienzos del siglo V a.C., se produce una importante transformación y diversificación del patrón de poblamiento. Es en este momento histórico, a causa de la denominada crisis del Ibérico Antiguo, cuando se produce el abandono de la mayoría de los asentamientos del valle, sin que hasta el momento podamos conocer la causa que provoca esa situación de despoblamiento, aunque algunos investigadores la han puesto en relación con los cambios políticos y comerciales que se están produciendo en el Mediterráneo<sup>16</sup>.

Se produce así una división territorial en el valle central del Ebro. Río arriba, a partir de la desembocadura del Huerva –en una extensión territorial que incluiría la actual Rioja–, se habla de un periodo temporal caracterizado por la pervivencia de los rasgos culturales y la situación económica anterior. Parece existir una continuidad en el patrón de asentamiento, pero acompañada por una sustitución en las necró-



Pinturas en el yacimiento de la Primera Edad del Hierro de Sorbán. Foto A. García.

13. CINCA MARTÍNEZ, J.L. y PASCUAL GONZÁLEZ, H., Cerámicas grafitadas en la “Torre de Campobajo”: término de Calahorra (La Rioja); CASTIELLA RODRÍGUEZ, A., *Edad del Hierro en Navarra y La Rioja*, p. 152; PASCUAL MAYORAL, P. y PASCUAL GONZÁLEZ, H., *Carta arqueológica...*, p. 47-50.

14. PASCUAL GONZÁLEZ, H., *Carta arqueológica...*

15. ALMAGRO GORBEA, M. y RUIZ ZAPATERO, G. (eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica*.

16. TRAMULLAS SANZ, J. y ALFRANCA LUENGO, L.M., El valle medio del Ebro durante la primera Edad del Hierro: las destrucciones y abandonos de los poblados durante los siglos VI y V a.C. y su relación con los comienzos del mundo ibérico y celtibérico.

polis, de los túmulos de incineración circulares por los cuadrangulares. Estos territorios no recibirán los influjos meseteños hasta mediado del siglo IV a.C., y será a partir de este momento cuando las comunidades de los llamados Campos de Urnas Tardías adopten definitivamente lo que se ha definido como cultura celtibérica<sup>17</sup>.

Si intentamos una delimitación del territorio ocupado por los celtíberos siguiendo los distintos testimonios arqueológicos, escritos y lingüísticos, deberíamos incluir en él, el este de las actuales provincias de Guadalajara, Soria y Rioja, y oeste de Zaragoza y Teruel; podríamos incluso ampliarlo hasta Clunia y *Segóbriga*, si atendemos a la filiación celtibérica de estas ciudades según nos cuentan las fuentes escritas. Dentro de esta dilatada extensión se distinguen tradicionalmente dos áreas: la Celtiberia Citerior, correspondiente al valle medio del Ebro, y la Celtiberia Ulterior, que se expande por la meseta oriental. Estas dos zonas constituyen el área nuclear de la génesis de la cultura celtibérica, que hunde sus raíces –ya lo hemos adelantado– en el substrato indígena conformado en las etapas anteriores del Bronce Final y Primera Edad del Hierro.

Son diversos los grupos étnicos adscritos a este territorio por los autores clásicos. Berones, Arévacos y posiblemente Lusones son las comunidades étnicas que ocuparían La Rioja actual y provincias limítrofes, formando parte de esa denominada Celtiberia Citerior. En cuanto a los territorios del valle del Cidacos, parece que ciudades como *Kalakorikos* (Calahorra) o *Ilurcis* (Alfaro) primero se adscribieron a la órbita de los celtíberos y más tarde, ya como *Calagurris* y *Gracurris*, a los vascones, tal vez en un momento en el que los grupos étnicos solo tienen un significado geográfico<sup>18</sup> y quizás como consecuencia de una decisión político administrativa con fines fiscales, sin necesidad de que se produjese un aporte de población perteneciente a ese grupo étnico<sup>19</sup>.

### 3.2.2. El urbanismo

Las comunidades celtibéricas habitaban en poblados situados en lugares elegidos por sus cualidades topográficas –cerros, meandros, etc.– que permitían una fácil defensa natural, reforzada en sus puntos vulnerables por fosos o murallas. Se convierten así en verdaderos “castros” fortificados, los denominados *oppida* por los antiguos historiadores y geógrafos.

Estos poblados fueron la base de su organización-sociopolítica y económica de los celtíberos, funcionando como verdaderas entidades autónomas, entorno articulado por asentamientos de menor tamaño y con funcionalidades distintas. La organización interna del poblado suele responder a un esquema ordenado de casas rectangulares adosadas que dan a una calle principal, aunque en realidad dicha organización estará condicionada por la cantidad y tipo de población que agrupen, su función y el momento histórico en el que surjan<sup>20</sup>. Las viviendas responden a un esquema ya conocido: planta rectangular con compartimentación en tres estancias, con algunas variantes incluso en las dimensiones; zócalos de piedra de altura variable recrecidos con adobe; y cubierta de ramaje y barro. Parte de las estructuras indígenas exhumadas en el solar de la fábrica de conservas Torres, entre las calles Eras y San Blas, se identifican en ese esquema “con una estancia de planta indeterminada, con paredes de adobe o tapial cimentadas por postes de madera y zócalos de canto rodado, con posible techumbre de cubierta vegetal. El hogar para cocinas los alimentos, y los basurales para verter los desperdicios serían los principales focos de atracción del habitáculo”<sup>21</sup>.

Junto a los asentamientos de planta reticular coexisten otras condicionadas por las características topográficas donde se instalan, como es el caso de *Contrebia Leucade* (Aguilar del Río Alhama) o el cerro de San Miguel (Arnedo) cuyas casas, excavadas en parte en la roca, se adaptan a la ladera. Algunos de estos asentamientos pueden llegar a tener una gran extensión y un importante número de habitantes, junto con una notable diversificación económica y social, llegando a alcanzar el rango de ciudad. Parece ser el caso de la propia Calahorra o del cerro de San Miguel de Arnedo, que aglutinarían a los asentamientos del entorno.

Desde el siglo III a.C. y durante el siglo II a.C., los nuevos asentamientos tienden a ocupar zonas de aprovechamiento agrícola. Ciudades, poblados y granjas se interrelacionan de tal manera que se establece una clara diferenciación entre campo y ciudad. El territorio queda estructurado en núcleos, con un tamaño en torno a las 10 Ha –son las *polis*, *urbs*, *civitates* y *oppida* de las fuentes–, las aldeas de mediano tamaño, de 3 a 6 Ha, y las entidades menores de 2 Ha<sup>22</sup>.

Algunos de estos *oppida* aparecen citados en las fuentes clásicas como vertebradores de un territorio que articula política y administrativamente a la población. Su autonomía queda reflejada en su capacidad de enfrentarse o firmar pactos de amistad

17. BURILLO MOZOTA, F., Sobre el origen de los celtíberos; BURILLO MOZOTA, F., *Celtíberos: concepto e identidad étnica*; RUIZ ZAPATERO, G., El substrato de la Celtiberia..., p. 36.

18. BURILLO MOZOTA, F., Etnias y ciudades estado en el valle medio del Ebro, el caso de Kalakorikos/Calagurris Nassica.

19. AMELA VALVERDE, L., Calagurris y la fijación de nuevos límites territoriales en la Antigüedad; GÓMEZ FRAILE, J.M., Sobre la adscripción étnica de Calagurris y su entorno en las fuentes clásicas.

20. JIMENO MARTÍNEZ, A., Ciudad y territorio, p. 122.

21. TIRADO MARTÍNEZ, J.A., El yacimiento del Solar Torres: niveles de ocupación prerromano y romano, p. 159.

22. JIMENO MARTÍNEZ, A., Ciudad y territorio.

y hospitalidad con otras ciudades o agrupaciones étnicas, y en su competencia para acuñar moneda. Clientela, *hospitum* y *devotio* son tres tipos distintos de organización social y política de las comunidades celtibéricas, estrechamente vinculadas a las relaciones personales establecidas en dicha organización y articuladas en torno al prestigio social y la *autoritas* de las élites guerreras<sup>23</sup>.

### 3.2.3. Los ritos funerarios

El ritual funerario de las distintas agrupaciones étnicas continúa siendo la incineración. El cadáver se incinera junto a sus objetos más preciados, generalmente en un lugar distinto al de su enterramiento. Los restos de la cremación se depositan directamente en un hoyo o en urnas cerámicas que posteriormente serán enterradas junto al ajuar.

Las necrópolis se ubican en zonas bajas, de fácil acceso, al pie de los poblados y en ellas se van sustituyendo los túmulos circulares por los cuadrangulares. En los siglos más tardíos, se produce una disminución de los ajuares que parece responder a una época de crisis que habría afectado a la producción metalúrgica. Estos ajuares, para cuya confección utilizaron el hierro, el bronce y la plata, estaban compuestos principalmente por armamentos y objetos de adorno, todos ellos elementos de prestigio y símbolos del estatus social del fallecido miembro de la élite guerrera.

Las armas presentan una gran variedad, desde modelos derivados de momentos anteriores –espada corta con hoja de doble filo y punta bien definida–, hasta los ejemplares de antenas y de antenas atrofiadas, tipo La Tène –como el que apareció en la antigua azucarera de Alfaro–, decoradas en ocasiones con nielados de plata. Puñales de antenas o de frontón y bilobulares, cuchillos de hoja afalcatada, lanzas, como el *soliferrum* de una sola pieza de hierro, y escudos redondos de cuero o madera con umbo metálico, completaban el ajuar del guerrero.

Entre los objetos de adorno destacan las fíbulas, pequeños broches o imperdibles cuya función era la de sujetar el *sagum*, túnica característica de la vestimenta celtibérica. Son numerosos los tipos de fíbulas destacando las “de torrecilla lateral”, las “anulares hispánicas”, o, por su singularidad, las “zoomorfas de caballito”.

Otros objetos de adorno habitual en los enterramientos celtibéricos son los broches de cinturón, siendo el más numeroso el denominado “céltico”: placa triangular o trapezoidal con garfios cuyo número va de uno a seis.

### 3.2.4. La cerámica a torno

Avances tecnológicos vinculados a la metalurgia del hierro, y la introducción del torno para la elaboración de cerámica, supuso una verdadera revolución para los pueblos indígenas. La técnica del trabajo del hierro la trajeron los fenicios, de quienes la aprendieron las comunidades ibéricas desde el siglo VII a.C. Sin embargo, no será hasta el siglo V a.C., cuando se empiece a hacer un amplio uso de él en las herramientas agrícolas, con lo que ello supone de potenciación del desarrollo agrícola.

Por su parte, la introducción del torno de alfarero, cuyos ejemplo más antiguos aparecen también en asentamientos coloniales costeros, supuso el surgimiento de una nueva cerámica de una calidad técnica extraordinaria, complementada con una decoración pintada excepcional. Este tipo de cerámica se extiende rápidamente por toda la meseta norte a partir del siglo IV a.C., y esta facilidad de expansión muestra su carácter industrial.



Cerámica celtibérica procedente de las excavaciones en el solar de la antigua fábrica de conservas Torres. Dibujo J.A. Tirado.

23. RAMÍREZ SÁNCHEZ, M., Clientela, *hospitum* y *devotio*.

En las distintas áreas celtibéricas, las formas cerámicas son sencillas –vasos carenados o globulares, jarras con vertedera, cuencos ralladores y grandes vasijas de almacenaje–, las pastas claras, cocidas en ambientes oxidantes y con frecuencia pintadas a base de motivos lineales. En épocas más avanzadas, se complicarán formas y decoraciones, desarrollando su máximo esplendor en el momento de la conquista romana. Los primeros diseños de sencillas líneas horizontales, dejaron paso más tarde a grandes círculos concéntricos y después a formas más pequeñas con arcos múltiples, espirales, cenefas paralelas y formas de abanicos, hasta culminar en la figuración animalística y antropomorfa de la que también hay ejemplos procedentes del casco urbano de Calahorra.

En el entorno de Calahorra, a mediados de los años 70, se localizó en Bergasa un importante alfar celtibérico con elaboración, entre otras, de cerámicas decoradas con motivos geométricos<sup>24</sup>.

### 3.2.5. La lengua y la escritura celtibéricas

Otro de los avances es la paulatina introducción de la escritura. La lengua de las comunidades celtibéricas pertenece a la familia celta, quien a su vez forma parte de la familia indoeuropea junto con el latín y el griego. Aunque desconocemos los límites territoriales del celtibérico, encontramos manifestaciones epigráficas de este –monetales, cerámicas e inscripciones propiamente dichas– en un territorio delimitado entre los paralelos de Logroño y Teruel, y los meridianos de Zaragoza y de Palencia. Esta epigrafía en lengua indígena es la que nos ayuda a ir conociendo sus estructuras gramaticales y fonéticas. La escritura celtibérica, por su parte, era semisilábica y



Bola de catapulta hallada en el centro comercial Arcca, con la inscripción *Ti*. Foto A. Pérez.

24. PASCUAL GONZÁLEZ, H. y MORENO ARRASTIO, J., Bergasa (Logroño), un yacimiento importante para el estudio de la cerámica celtibérica del valle Medio del Ebro.

fue transmitida por los íberos, sus vecinos orientales. Las oclusivas tienen signos silábicos, mientras que el resto de los fonemas se representan mediante signos alfabéticos<sup>25</sup>.

En Calahorra se han encontrado manifestaciones de esta escritura celtibérica en algunos grafitos realizados sobre fragmentos cerámicos como los encontrados en el solar de la fábrica de conservas Torres<sup>26</sup> y también en las monedas acuñadas en la ciudad. Destaca por su importancia, dentro del conjunto epigráfico sobre proyectiles de catapulta aparecidos en la zona del centro comercial, y del que se hablará más detenidamente en el apartado de la conquista romana, una inscripción con el signo ibérico *ti*, que podría reflejar la participación de celtíberos en las tropas de asedio a la ciudad<sup>27</sup>.

### 3.2.6. La moneda

Las leyendas monetales son importantes manifestaciones de la lengua y la escritura celtibéricas. La moneda metálica aparece en la Celtiberia a mediados del siglo II a.C. como consecuencia del influjo mediterráneo, siendo varios los *oppida* celtibéricos que acuñarán moneda, entre ellos Calahorra, como veremos en el capítulo siguiente. Su introducción supuso un mayor desarrollo político y social, aunque la economía basada en el dinero no surgirá hasta mucho tiempo después. En realidad, las comunidades celtíberas seguían utilizando el trueque como forma de intercambio, utilizando determinadas mercancías o productos cuyo valor sería admitido de manera generalizada, como “moneda” al uso.



Letrero ibérico *kalakorikos* en las monedas celtibéricas acuñadas en Calahorra.

La leyenda *kalakorikos*, tal y como aparece en las acuñaciones, es un etnónimo que hace alusión a los habitantes de la ciudad prerromana. El sufijo *-kos* se asocia a la terminación del nominativo plural de las lenguas de raíz indoeuropea. Equivaldría al término latino *Calagurritani* y podría traducirse como calagurritanos o habitantes de *Calagurris*<sup>28</sup>.

25. HOZ, J. de, La lengua y la escritura celtibéricas.

26. TIRADO MARTÍNEZ, J.A., *El yacimiento del Solar Torres: niveles de ocupación prerromano y romano*, p. 75, fig. 16.2, 7-8; BALLESTER, X., Nuevos letreros celtibéricos procedentes de Calahorra.

27. ANTOÑANZAS SUBERO, M.A. e IGUÁCEL DE LA CRUZ, P., *Apuntes de cronología celtibérica*.

28. ESPINOSA RUIZ, U., *Calagurris Iulia*, p. 67.

### 3.2.7. Calahorra y su entorno en época celtibérica

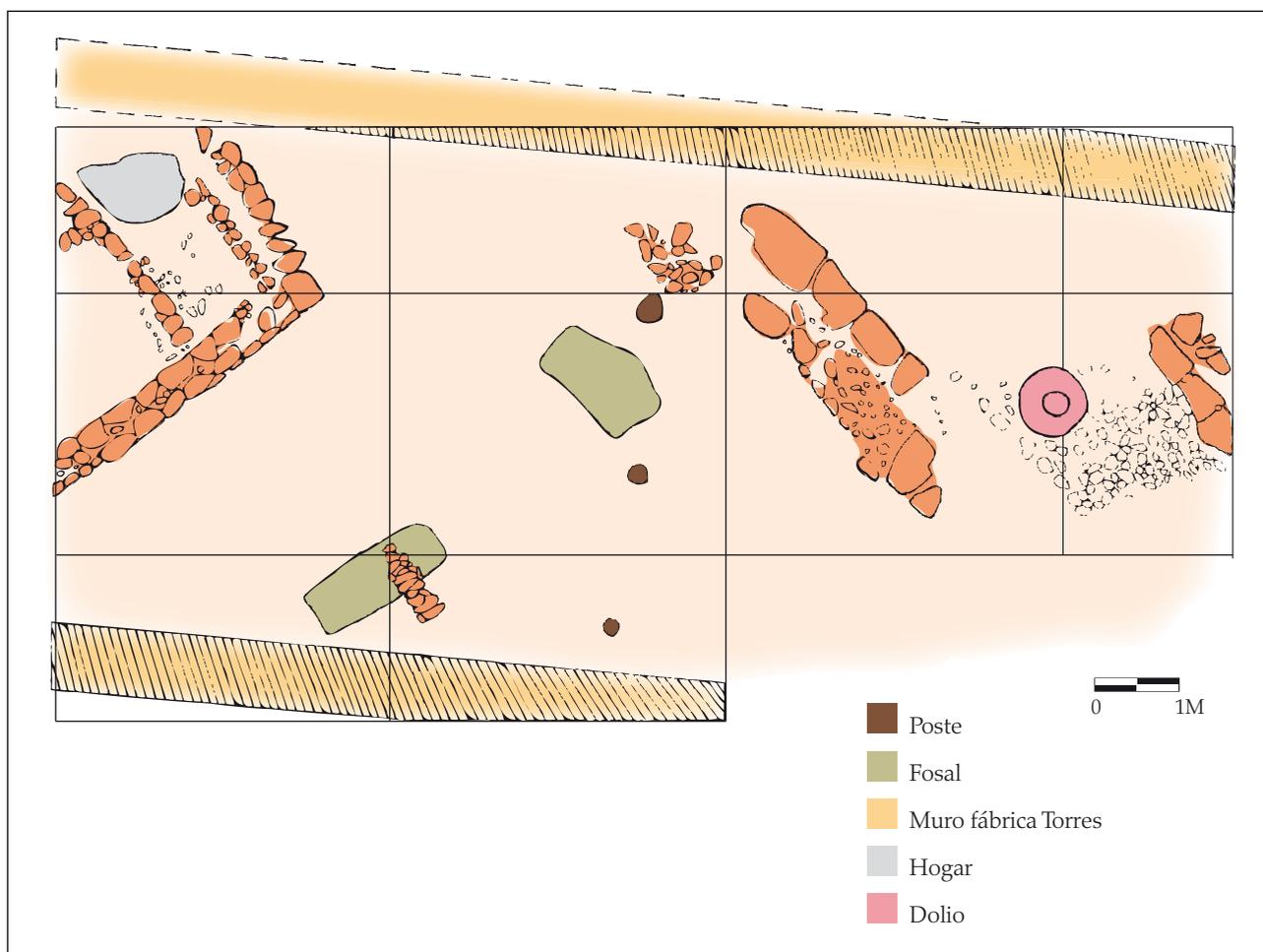
En el entorno de Calahorra, como ocurre en el resto del valle del Ebro, los poblados de la etapa anterior son abandonados, concentrándose la población en puntos más estratégicos de fácil defensa. El poblado del cerro del Sorbán, el mejor conocido gracias a las excavaciones arqueológicas ya comentadas, se abandona, justo en el momento en el que aparece en su registro arqueológico la cerámica celtibérica. Los habitantes de estos asentamientos se trasladarían a esos puntos estratégicos como la propia Calahorra o al cerro de San Miguel (Arnedo).

El poblado indígena calagurritano se localizaría en una parte de la meseta que ocupa actualmente el casco antiguo, junto al río Cidacos y en las proximidades del río Ebro; un lugar estratégico, elevado para facilitar la defensa, y próximo a un río. Los valles de los ríos eran ejes vertebradores de comunicaciones, al mismo tiempo que proporcionaban tierras fértiles, susceptibles de ser cultivadas y de mantener a una importante población.

Tradicionalmente se ha hablado de la existencia de una ciudadela o acrópolis en la zona más elevada de Calahorra, en el rasillo de San Francisco, de-

limitada por las calles Murallas Bajas, calle Cabezo, Sastres, cuesta de la Catedral y calle del Horno. Sin embargo, los datos arqueológicos que a día de hoy conocemos en ese entorno, no permiten afirmar que dicho recinto amurallado se corresponda con el *oppidum* o poblado fortificado destruido por Afranio en el 72 a.C. Por un lado, existe un vacío en el registro arqueológico en esta área hipotéticamente ocupada por el primitivo asentamiento indígena y además hay que tener en cuenta la pequeña extensión del cerro (1.7 Has) en contraposición con otros *oppida* con una superficie en torno a las 10 Has. Por el contrario, a lo largo de los últimos años, se ha documentado la existencia de restos de cronología celtibérica en otros puntos: la antigua fábrica de conservas Torres en la calle Eras, el área del centro comercial ARCCA, calle Cavas/Sol, la Clínica, las calles Pedro Gutiérrez, Enramada, Mártires, San Blas y Mayor.

Esta dispersión de hallazgos, dibuja un área notable en cuanto a extensión, en el sector norte de la meseta calagurritana con una cronología entre los siglos II a.C. y I d.C. siendo los restos más antiguos las estructuras de habitación descubiertas en el solar de Torres<sup>29</sup>, y más recientes los asociados a cerámicas grises y de importación itálica documentados tam-



Estructuras celtibéricas encontradas en las excavaciones del solar de la fábrica de conservas Torres. Dibujo J.A. Tirado.

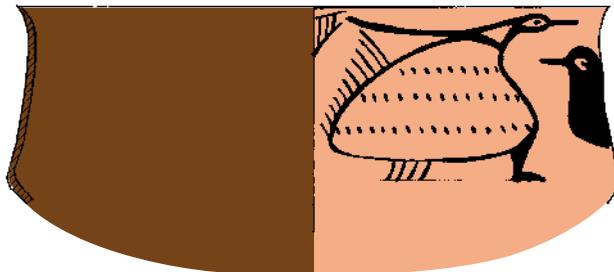
29. TIRADO MARTÍNEZ, J.A., *El yacimiento del Solar Torres...*, p. 75, fig. 16.2, 7-8.

bién en la calle Enramada, área del centro comercial y la Clínica, fechados en el siglo II a.C. Observamos además una perduración de elementos indígenas durante el siglo I d.C., reflejada en las inscripciones con caracteres ibéricos grafitados en las cerámicas del solar de la fábrica de conservas Torres, incluso en cerámicas recuperadas de las cloacas romanas de la calle San Andrés<sup>30</sup>.

Ante estos datos cabe hacerse la siguiente pregunta ¿se corresponde la ubicación de la actual Calahorra con la localización del asentamiento de los antiguos *kalakorikos* al que se refieren las fuentes clásicas? En este sentido, queremos hacer notar que hay zonas del casco viejo en las que se han hecho excavaciones

o seguimientos arqueológicos, y que no se han documentado restos celtibéricos pero tampoco restos ni siquiera romanos. Este hecho podría ser explicado por la posibilidad de que en determinadas zonas, la cota de calle de la ciudad romana coincidiera con la de la actual Calahorra, y la de la romana con la del asentamiento indígena. De tal manera, que, en el desarrollo histórico de Calahorra, cada nueva ciudad habría destruido a la anterior, por lo menos en determinadas zonas del casco antiguo.

La mayoría de las fuentes escritas hacen referencia a un asentamiento indígena existente en época sertoriana, es decir, en los años que van del 76 al 72 a.C. y que sufriría el asedio de las tropas de Pompeyo. Con las manifestaciones epigráficas ocurre otro tanto: los proyectiles de catapulta encontrados en el área del centro comercial, se han puesto en relación directa con el asedio a los indígenas aliados de Sertorio ocurrido en el año 74 a.C.; y las emisiones monetales con la leyenda celtibérica *kalakorikos* se han fechado entre los años 90 a.C. y 72 a.C. Por último, en cuanto al registro arqueológico propiamente dicho, como ya hemos visto, este no va más allá de finales del siglo II a.C. Todo pertenece a un período en el que los indígenas han entrado ya en un estrecho contacto con los elementos culturales romanos,



Cerámica celtibérica procedente de las traseras de la calle San Blas. Dibujo A. Castiella.

mientras que desconocemos por completo las manifestaciones culturales indígenas anteriores, es decir, las pertenecientes a los siglos IV a.C. y III a.C.<sup>31</sup>.

¿Estaría el poblado de los *kalakorikos* fuera del casco urbano de Calahorra? No lo creemos posible porque aun cuando en los alrededores de *Calagurris* hay una serie de yacimientos con restos celtibéricos,

por su tamaño y extensión, ninguno de ellos pertenecería a un enclave de cierta entidad. Como ya hemos indicado anteriormente, en Sorbán, se documenta población residual celtibérica después de una ocupación plena del asentamiento durante la

época del Hierro I. En la Torre de Campobajo, existen cerámicas celtibéricas pintadas a torno

con decoración de semicírculos. En el camino de Ontañón, con restos cerámicos celtibéricos en superficie, también podría tratarse de un pequeño asentamiento situado en el borde de una de las terrazas del Ebro, dominando el cauce y una amplia extensión de terreno.

En un territorio aún más amplio como es el valle del Cidacos conocemos importantes asentamientos como el del cerro de San Miguel (Arnedo), con una gran extensión, casas parcialmente excavadas en la roca y un gran foso, muchas similitudes por tanto con *Contrebia Leucade* (Aguilar del Río Alhama); también en el ya citado yacimiento de El Cortijo (Bergasa) y en El Castejón (Préjano)<sup>32</sup>, cerro con numerosos fragmentos de cronología celtibérica. Estos asentamientos ubicados en la Hoya de Arnedo controlan todo el terreno productivo en ese

espacio y entre ellos parece darse una cierta especialización. El cerro de San Miguel, el de mayor extensión en superficie, fiscaliza la mayor cantidad de suelo cultivable, mientras que El Castejón controlaría el paso hacia los pastos del suroeste<sup>33</sup>. Todos ellos parecen ser abandonados con la llegada de los romanos a la zona, al mismo tiempo que Calahorra fue trasformada tras la aculturación de los indígenas en la futura *Calagurris Iulia*.



Cerámica celtibérica procedente de Calahorra. Museo Municipal de Calahorra. Foto L. Argáiz.

30. CINCA MARTÍNEZ, J.L., Las cloacas romanas de Calahorra, p. 807, fig. 2.

31. ANTOÑANZAS SUBERO, M.A. e IGUÁCEL DE LA CRUZ, P., Apuntes de cronología celtibérica.

32. PASCUAL MAYORAL, P. y PASCUAL GONZÁLEZ, H., *Carta arqueológica...*, p. 47-50.

33. GARCÍA HERAS, M. y LÓPEZ CORRAL, A.C., Aproximación al poblamiento de la Segunda Edad del Hierro en el valle del Cidacos.

## BIBLIOGRAFÍA

---

- ALMAGRO GORBEA, M. y RUIZ ZAPATERO, G. (eds.). *Paleoetnología de la Península Ibérica*. Madrid: Universidad Complutense, 1992. (Complutum, 2-3). ISBN 84-7491-461-2.
- ÁLVAREZ CLAVIJO, P. y PÉREZ ARRONDO, C.L. *La cerámica excisa de la primera Edad del Hierro en el Valle Alto y Medio del Ebro*. Logroño: Instituto de Estudios Riojanos, 1987. ISBN 84-00-06622-7.  
— Notas sobre la transición de la Edad del Bronce a la Edad del Hierro en La Rioja. En *Brocar: cuadernos de investigación histórica*, 1988, n. 14, p. 103-118.
- AMELAVALVERDE, L. Calagurris y la fijación de nuevos límites territoriales en la Antigüedad. En *Kalakorikos*, 2002, n. 7, p. 31-50.
- ANTOÑANZAS SUBERO, M.A. e IGUÁCEL DE LA CRUZ, P. Apuntes de cronología celtibérica. En *Kalakorikos*, 2007, n. 12, p. 97-114.
- BALLESTER, X. Nuevos letreros celtibéricos procedentes de Calahorra. En *Kalakorikos*, 2001, n. 6, p. 255-262.
- BURILLO MOZOTA, F. Sobre el origen de los celtíberos. En SIMPOSIUM SOBRE LOS CELTÍBEROS (1º. 1986. Daroca). *I Symposium sobre los celtíberos*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 1987, p. 75-93.  
— *Celtíberos: concepto e identidad étnica*. Teruel: Colegio Universitario de Teruel, 1995.  
— Etnias y ciudades estado en el valle medio del Ebro, el caso de Kalakorikos/Calagurris Nassica. En *Kalakorikos*, 2002, n. 7, p. 9-29.
- CASTIELLA RODRÍGUEZ, A. *Edad del Hierro en Navarra y La Rioja*. Pamplona: Institución Príncipe de Viana, 1977. ISBN 84-235-0122-1.
- CINCA MARTÍNEZ, J.L. Las cloacas romanas de Calahorra. En CONGRESO NACIONAL DE ARQUEOLOGÍA (17ª. 1983. Logroño). *XVII Congreso Nacional de Arqueología*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza, 1985, p. 797-808.
- CINCA MARTÍNEZ, J. L. y PASCUAL GONZÁLEZ, H. Cerámicas grafitadas en la "Torre de Campobajo": término de Calahorra (La Rioja). En CONGRESO NACIONAL DE ARQUEOLOGÍA (17ª. 1983. Logroño). *XVII Congreso Nacional de Arqueología, 14-16 septiembre, 1983*. Zaragoza: Secretaría Universidad de Zaragoza, 1985, p. 623-631.
- ESPINOSA RUIZ, U. *Calagurris Iulia*. Logroño: Colegio Oficial de Aparejadores y A. T. de La Rioja, 1984. ISBN 84-7359-196-8.
- GARCÍA HERAS, M. y LÓPEZ CORRAL, A.C. Aproximación al poblamiento de la Segunda Edad del Hierro en el valle del Cidacos. En SIMPOSIO SOBRE LOS CELTÍBEROS (3º. 1991. Daroca). *Poblamiento celtibérico*. Coordinador F. Burillo Mozota. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 1995, p. 329-335.
- GÓMEZ FRAILE, J.M. Sobre la adscripción étnica de Calagurris y su entorno en las fuentes clásicas. En *Kalakorikos*, 2001, n. 6, p. 27-70.
- GONZÁLEZ BLANCO, A. Las defensas del Sorbán. En CONGRESO NACIONAL DE ARQUEOLOGÍA (17º. 1983. Logroño). *XVII Congreso Nacional de Arqueología: 14-16 septiembre, 1983*. Zaragoza: Universidad, 1985, p. 335-346.  
— La ciudad prehistórica de El Sorbán. En *Exposición de arqueología calagurritana: inauguración de la Casa Municipal del Arte 16 de diciembre de 1982*. Calahorra: Ayuntamiento de Calahorra, 1992, p. 7-26.
- GONZÁLEZ BLANCO, A. y PASCUAL GONZÁLEZ, H. et al. *El yacimiento de Sorbán y la Primera Edad del Hierro en Calahorra y La Rioja*. Calahorra: Amigos de la Historia de Calahorra, 1983.
- HERNÁNDEZ VERA, J.A. Difusión de elementos de la cultura de Cogotas hacia el valle del Ebro. En *Cuadernos de investigación: Historia*, 1983, tomo 9, fasc. 1, p. 65-80.
- HOZ, J. de. La lengua y la escritura celtibéricas. En *Celtíberos: tras la estela de Numancia*. Soria: Diputación Provincial de Soria, 2005, p. 417-426.
- JIMENO MARTÍNEZ, A. Ciudad y territorio. En *Celtíberos: tras la estela de Numancia*. Soria: Diputación Provincial de Soria, 2005, p. 119-127.
- MALUQUER DE MOTES, J. En torno a las fortificaciones del poblado del cerro de Sorbán en Calahorra. En SIMPOSIO DE HISTORIA DE CALAHORRA (1º. 1982). *Calahorra: bimilenario de su fundación: actas del I Symposium de Historia de Calahorra*. Madrid: Ministerio de Cultura, 1984, p. 47-52.
- MARCOS POUS, A. Excavación de una cista con doble inhumación del vaso campaniforme en Rincón de Soto (La Rioja Baja. Logroño). En *Noticiario Arqueológico hispánico*, 1971, n. 13-14, p. 384-401.
- PASCUAL GONZÁLEZ, H. y MORENO ARRASTIO, J. Bergasa (Logroño), un yacimiento importante para el estudio de la cerámica celtibérica del valle Medio del Ebro. En *Archivo Español de Arqueología*, 1978, vol. 50-51, n. 135-138, p. 405-413.
- PASCUAL MAYORAL, P. y PASCUAL GONZÁLEZ, H. *Carta arqueológica de La Rioja. 1, El Cicacos*. Calahorra: Amigos de la Historia de Calahorra, 1984. ISBN 84-398-2268-5.

- PÉREZ ARRONDO, C. Aportaciones al estudio de la Edad de los Metales en el valle medio del Ebro: la cultura neolítica en La Rioja. En SIMPOSIO DE HISTORIA DE CALAHORRA (1º. 1982). *Calahorra: bimilenario de su fundación: actas del I Symposium de Historia de Calahorra*. Madrid: Ministerio de Cultura, 1984, p. 27-46.
- PÉREZ ARRONDO, C.L., CENICEROS HERREROS, J. y DUARTE GARASA, P. *Aportaciones al estudio de las culturas eneolíticas en el valle del Ebro. III, La cerámica*. Logroño: Instituto de Estudios Riojanos, 1987. ISBN 84-00-06616-2.
- RAMÍREZ SÁNCHEZ, M. Clientela, *hospitum* y *devotio*. En *Celtiberos: tras la estela de Numancia*. Soria: Diputación Provincial de Soria, 2005, p. 279-284.
- RUIZ ZAPATERO, G. El substrato de la Celtiberia Citerior: el problema de las invasiones. En SIMPOSIO SOBRE LOS CELTÍBEROS (3º. 1991. Daroca). *Poblamiento celtibérico*. Coordinador F. Burillo Mozota. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 1995, p. 25-40.
- TIRADO MARTÍNEZ, J.A. *El yacimiento del Solar Torres: niveles de ocupación prerromano y romano*. Calahorra: Amigos de la Historia de Calahorra, 2000. ISBN 84-921459-8-6.
- TRAMULLAS SANZ, J. y ALFRANCA LUENGO, L.M. El valle medio del Ebro durante la primera Edad del Hierro: las destrucciones y abandonos de los poblados durante los siglos VI y V a.C., y su relación con los comienzos del mundo ibérico y celtibérico. En SIMPOSIO SOBRE LOS CELTÍBEROS (3º. 1991. Daroca). *Poblamiento celtibérico*. Coordinador F. Burillo Mozota. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 1995, p. 275-288.